



DANIEL CONZÁLEZ DUEÑAS

Homo quidam:

LOS ROSTROS DE NADIE

I. RILKE: SUEÑO DE NADIE BAJO TANTOS PÁRPADOS

Cómo olvidar aquel humilde y altivo epitafio que en 1911 Rilke vio en la iglesia de Santa María Formosa en Venecia, sobre la tumba de un completo desconocido para la historia (en estos casos se antepone al nombre de estos Nadie el triste eufemismo “un tal”), Hermann Wilhelm o Hermanus Gulielmus, muerto en 1593. El epitafio contiene esta línea: “En vida viví para los demás; ahora, después de la muerte, no he perecido, sino que vivo en mármol frío para mí mismo”. Rilke (1987) lo mencionaría, estremecido, en la *Primera elegía de Duino* (1923), en donde agrega:

Realmente es extraño ya no habitar la tierra,
no seguir practicando las costumbres apenas aprendidas,
no dar el significado de un porvenir humano a las rosas
y a tantas otras cosas llenas de promesas;
no seguir siendo lo que uno era
en unas manos infinitamente angustiadas
o incluso dejar de lado el propio nombre
como un juguete roto.

Es extraño no seguir deseando los deseos. Es extraño
ver ondear libre en el espacio todo lo que antes tenía sus propias relaciones.
Y el estar muerto es doloroso y tan lleno de recuperación
que sólo lentamente percibe uno algo de eternidad. Pero los vivos
cometen todo el error de diferenciar demasiado tajantemente.

Los ángeles (se dice) no sabrían a menudo
si andan entre los vivos o los muertos.

A través de ambas regiones la corriente eterna arrastra siempre consigo
a todas las edades, y acalla a ambas zonas.

Rilke escribiría su propio epitafio con la misma fuerza e idéntico sentido: “Oh, Rosa, pura contradicción / Deseo de no ser sueño de nadie / Bajo tantos párpados”. La palabra “extraño” se repite a lo largo de la literatura de Nadie, y a tal grado, que acaso Nadie se perfila justamente por eso, por su profunda, indoblegable extrañeza; lo atestigua Virginia Woolf (1982) en sus diarios:

Casi todo me atrae. Sin embargo, se alberga en mí algún buscador infatigable. ¿Por qué no hay un descubrimiento de la vida? Algo para ponerle las manos encima y exclamar: “¿Es esto?” Mi depresión es un sentirme acosada. Estoy buscando: pero no, no es eso... no es eso. ¿Qué es entonces? ¿Tendré que morir sin haberlo encontrado? Y luego (como anoche, cuando atravesaba Russell Square) veo las montañas en el cielo: las grandes nubes, y la luna que se está alzando sobre Persia; tengo una grande, sorprendente impresión de que hay algo allí, ¿qué es “eso”? No es exactamente la belleza a lo que me refiero. Quiero decir que la cosa en sí basta: es satisfactoria; acabada. También una impresión de mi propia rareza, de la rareza de estar caminando sobre la tierra. También está ahí, la infinita extrañeza de la posición humana; estar atravesando Russell Square, con la luna ahí arriba y las nubes como montañas. Quién soy yo, qué soy, y todo el resto; preguntas que siempre flotan en torno: y de pronto doy de narices con algún hecho concreto —una carta, alguien— y vuelvo a ellos con un gran sentimiento de frescura. Y así continúa. Suelo toparme frecuentemente con este “eso”, y experimento entonces un gran reposo.

Innumerables personajes de la historia de la literatura viven para sí mismos en el mármol que los reviste en vida. Un lector angélico no sabría a qué “zona” pertenecen. En la Segunda elegía de Duino, Rilke define a este Nadie como un proceso de evaporación, de desgaste a través del sentimiento: “Porque nosotros, siempre que sentimos, nos evaporamos; / ay, nosotros nos exhalamos a nosotros mismos, / nos disipamos”. Como la piel de zapa imaginada por Balzac, el hombre se va haciendo Nadie, se va reduciendo, se va exhalando a sí mismo a medida que vive. Y, continúa la Segunda elegía, “Sólo nosotros pasamos / de largo sobre todas las cosas como un cambio / de vientos. Y todo se une para acallarnos, mitad / por vergüenza quizás, y mitad por esperanza indecible”.

En la Séptima elegía, Rilke sugiere lo que hay de luz en la atracción por el abismo: “¡Oh, ya estar muerto, y conocerlas interminablemente, / todas las estre-

llas: pues cómo, cómo, cómo olvidarlas!”. En la trascendencia de lo humano está el conocimiento, vedado al hombre por el simple hecho de haber nacido. Es por ello que:

Cada sorda vuelta del mundo tiene tales desheredados, a quienes no pertenece ni lo anterior ni, todavía, lo venidero. Pues aun lo venidero más cercano está lejos de los hombres. Y esto no debe desconcertarnos, sino fortalecernos en la conservación de la forma aun reconocida. Esto estuvo en pie alguna vez entre los hombres, estuvo en mitad del destino.

Y ese destino no estuvo sólo en el principio de la raza sino en el de cada individuo: “No crean ustedes que el destino es más de lo que cupo / en la infancia”. Y de ahí acaso la diferenciación que se establece, en la Décima elegía, entre dolores comunes y sublimes:

Que mi rostro fluido me haga más resplandeciente: que el llanto imperceptible florezca. Oh, entonces, cómo me serán queridas ustedes, noches de aflicción. Cómo no me arrodillé más ante ustedes, hermanas inconsolables, para recibir las; cómo no me abandoné a mí mismo, más suelto todavía, en su suelto cabello. Nosotros, derrochadores de dolores.

El hombre que pasa de largo como acallado por la eternidad, el que se va exhalando, el que en cada aliento se disipa un poco más, corresponde acaso al testimonio de una Creación inversa, es decir de una que va de más a menos. Quizás es ese el sentido de dos *extraños* versos del poeta español Claudio Rodríguez (2000): “¿Quién hace menos creados / cada vez a los seres?”.

2. YOURCENAR:

SER DIOS NO TIENE NADA DE ÚNICO

Pocos, muy pocos personajes llegan a la exclamación del emperador Adriano retratado en la eternidad por Marguerite Yourcenar (1997):

Yo era dios, sencillamente, porque era hombre. Los títulos divinos que Grecia me concedió después no hicieron más que proclamar lo que había comprobado mucho antes por mí mismo. Creo que hubiera podido sentirme dios en las prisiones de Domiciano o en el pozo de una mina. Si tengo la audacia de pretenderlo se debe a que ese sentimiento apenas me parece extraordinario, y no tiene nada de único. Otros lo sintieron, o lo sentirán en el futuro.

Por una vez, la divinidad humana no es vista como la contraparte ilusoria, la “idealización” de la fundamental insignificancia del hombre. A los 44 años de edad, Adriano ha alcanzado un punto en que “me sentía libre de impaciencia, seguro de mí, tan perfecto como mi naturaleza me lo permitía, eterno”. Etapa pasajera, es cierto, pero no menos real que ese saberse dios justamente porque ello no tiene nada de extraordinario ni se basa en una superioridad o una excepción, es decir, porque *ser dios no tiene nada de único*. Es la otra cara de Nadie que permanece insidiosamente oculta.

3. NADIE, EL INTERMEDIARIO

En el panorama del poder sociopolítico, Nadie parece el oprimido y Alguien el opresor, mas ¿en qué sentido? En el siglo XV el imperio austriaco ostentaba la hegemonía en Europa, ya que continuaba la tradición del Imperio Romano de Occidente y se atribuía la “legitimidad histórica” del Sacro Romano Imperio Germánico. Los emperadores austriacos creían con absoluto convencimiento que eran los intermediarios entre Dios y los hombres, es decir, que el poder absoluto surgía de Dios, y que ese poder estaba reservado a los soberanos de la casa de Austria. Es una “fe” que no ha hecho sino reiterarse a lo largo de la historia.

El término *Kaiser*, con el que se conoce a los emperadores de Austria, no es sino una deformación del nombre propio de Julio César, *Iulius Caesar*. También procede de ese término latino el apelativo de los emperadores de Rusia, Zar. Un único linaje secreto identifica a los que se han creído intermediarios entre la divinidad y los humanos “comunes”, y han impuesto esa fe con sangre y fuego. Desde siempre, el poderoso se ha vestido con los ropajes de la “intermediación con lo divino”. Se alimenta, pues, de fe. Esa “fe” supone que estas personas son puentes entre Dios y los hombres para que éstos no se sientan tan solos, tan abandonados por el numen. Dios tiene un rebaño formado por pastores: son los elegidos, los discípulos, a quienes entrenará para ser a su vez pastores de la grey. Toda *cracia*, toda monarquía parte de ese principio inferido. La autoridad de los políticos o los líderes religiosos surge del mismo punto: bañarse del poder divino, representar en la tierra el orden celestial, transmitir a la grey el mensaje del pastor de pastores.

Sin embargo, Nadie es el intermediario por antonomasia, puesto que sirve de comunicador entre dos Alguien. Para establecer el contacto, un intermediario debe perder los atributos que en sí tiene de uno y otro

de los polos que habrán de usarlo, puesto que si los conservara no podría actuar justamente como intermediario. Los emperadores, dictadores, tiranos, y todas las cortes que los rodean en descendencia piramidal, ¿son individuos que borran tanto su humanidad como su divinidad? Puesto que conciben a Dios como el poder absoluto, y a la humanidad como la masa despojada de todo poder, su intermediación equivale a una voluntaria pérdida de todo lo que pudiera haber en ellos, tanto de divino como de humano. Sólo desdivinizados y deshumanizados pueden *mediar* entre lo “alto” y lo “bajo”. Este doble despojo los vuelve un Nadie insospechado, una figura que parece fascinar a los rapiñadores desde el origen mismo de lo humano.

Esto se ve a cada minuto en el discurso político de la modernidad. Un arquitecto diseña casas y un médico atiende enfermedades, pero la función de un político, más que organizar o intermediar, es *declarar*. Un hombre de poder tiene un “proyecto”, que es justamente el que ha hecho que los ciudadanos le den ese poder; para explicarles ese proyecto, el “funcionario” debe estar en poder de su lenguaje; mas parece lo contrario: el lenguaje, o mejor dicho, un lenguaje muy especial, toma en su poder a los hombres de poder. Éstos dejan de hablar y comienzan a refinar una y otra vez su *programa declarativo*, que a su vez parece programarlos y unificarlos en una sola dirección.

A través de la avalancha de frases huecas, el discurso político/económico del siglo XXI virtualiza el mundo y obliga a los ciudadanos a vivir en edificios de palabras falsas que los hacen perder su vida interior y servir a intereses ajenos. A cada momento el lenguaje de la cotidianidad extirpa hasta las últimas gotas de alma para sustituirla por valores funcionales. El poder somete a todos a un anonimato brutal: arrebatada a cada uno el nombre y con él sus características profundas. El anonimato es la suprema invención de la Tierra de Nadie. Porque el poder depende de Nadie, y desaparecería si cada quien recuperara su nombre y su rostro.

4. UNO DE TANTOS DE NOSOTROS

Si algún área del pensamiento humano ha intentado reivindicar al hombre común fue el cristianismo primitivo, algo que intentó luego heredar el socialismo (cómo olvidar las utopías de Saint-Simon, a las que se adhirieron Heine y su amigo Karl Marx, y que soñaban con una sociedad sin clases basada en la “meritocracia”); sin embargo, ello parece un tanto contradictorio, al menos en principio, cuando se repara

en que el propio Cristo habló de un “reino” de los cielos: incluso él marcó la pirámide jerárquica, las líneas de monarquía-aristocracia, las supremacías y subordinaciones. Mas ¿en qué modo o por qué lo hizo?

En la versión de la *Vulgata* de los Evangelios (y sobre todo en el de Lucas), prácticamente todas las parábolas enunciadas por Cristo comienzan con una misteriosa expresión: *Homo quidam*. Es el caso de una de las parábolas más citadas, la de la gran cena, que comienza: *Homo quidam fecit coenam magnam* (“Un cierto hombre preparaba un gran banquete”, Lucas, 14:16), y también de *Homo quidam descendit ab Ierusalem* (“Un cierto hombre bajaba de Jerusalén”, Lucas, 10:30), o de *Homo quidam erat dives* (“Había un cierto hombre que era rico”, Lucas, 16:19), contrapuesta en el siguiente versículo con *et erat quidam mendicus nomine Lazarus* (“Y había un cierto mendigo llamado Lázaro”, Lucas, 16:20). O en Mateo: *Homo quidam erat pater familias* (“Era un cierto padre de familia”, Mateo, 21:33).

Parece, pues, una fórmula común, usada del mismo modo que en las conocidas locuciones *Homo quidam venit* (“Va a venir un cierto hombre”) o *Trebonius quidam venit* (“Va a venir un tal Trebonio”), muy parecidas a las sentencias indefinidas como *Quicumque hæc dixerit* (“Quienquiera que lo haya dicho”). Pero aquella fórmula muestra otros matices en *et ecce homo quidam hydropicus erat ante illum* (“Y había un cierto hombre que era hidrópico delante de él”, Lucas, 14:2). *Ecce homo*, dirá Pilatos al presentar a un Cristo sangrante al pueblo, “He aquí al hombre”.

Las parábolas son sutiles y apremiantes invitaciones dirigidas a todos, *vocavit multos*. Una de las lecturas que se han hecho a la parábola de la gran cena es la de que Cristo

tantos”, invita a la intimidad y a la amistad, ese territorio único en que el dar y el recibir son posibles. Cristo se señala llamándose *homo quidam*, “un cualquiera”, “uno de tantos de nosotros”. Sobre todo al inferir el concepto *nosotros*, estaría extendiendo a sus escuchas su categoría de *Filius hominis*, el Hijo del Hombre, lo cual implica que no sólo “cualquiera” (es decir, Nadie) detenta ese nombre sino que “cada uno de nosotros” es el Hijo de Cualquiera, es decir, el Hijo de Nadie. El propio Cristo había dado la clave de lectura de sus parábolas: *Qui potest capere, capiat*, “que comprenda el que pueda comprender”.

Según esta lectura teológica, el Hijo de Dios, hecho hombre por amor hacia las criaturas humanas, *semetipsum exinanivit, formam servi accipiens*, “se anonadó a sí mismo, tomando la forma de un siervo”. El verbo “anonadar” resuena a “hacerse nada o nadie”. El que es Alguien por el poder divino, por amor se vuelve Nadie y luego indica a cada uno el camino espiritual para volverse o volver a ser Alguien. Pero ¿he aquí la figura de un rey que *condesciende*, es decir que “confraterniza” con sus siervos para que éstos no se cohíban y se sientan “a sus anchas”? ¿Es un mero efecto para crear confianza, que sin embargo no altera las jerarquías? ¿O el rey que se anonada y se vuelve siervo quiere borrar las jerarquías de una vez por todas?

Cristo había hablado de jerarquías mal entendidas: “Ya sabéis que los jefes de las naciones las rigen con despotismo, y que los grandes abusan de su autoridad sobre ellas. Pero no ha de ser así entre vosotros; al contrario, el que quiera entre vosotros ser grande, sea vuestro servidor, y el que quiera entre vosotros ser el primero, sea vuestro esclavo, de la misma manera que el

“EL HOMBRE HUMILDE NO NECESITA PEDIR A DIOS, PUEDE MUY BIEN MANDAR A DIOS, PORQUE LA ELEVACIÓN DE LA DEIDAD NO PUEDE CONSIDERAR NADA COMO NO SEA EN LA PROFUNDIDAD DE LA HUMILDAD. EL HOMBRE HUMILDE Y DIOS SON UNO Y NO DOS”. SI EL HOMBRE ES NADIE, LO ES TAMBIÉN DIOS.

utiliza el término genérico y familiar *homo quidam* para referirse a sí mismo, con objeto de que sus escuchas no se sientan cohibidos en su presencia, “pues el encogimiento de saberse invitados a la mansión de un rey podría alicortar a sus convidados y hacer que no se sintieran completamente a sus anchas”, escribe un exegeta (Canals, 1962). Lejos de provocar timidez, el definirse como “soy uno de

Hijo del Hombre no vino a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por todos” (Mateo, 20:25-27). A una inversión de jerarquías humanas se refiere el Mesías cuando afirma “Los últimos serán los primeros, y los primeros, los últimos” (Mateo, 20:16). Se trata en principio de una simple inversión de polos que no hace sino confirmar a ambos: sigue habiendo últi-

mos y primeros, alto y bajo, rey y siervos, pastor y rebaño. Así, en numerosas exégesis católicas se menciona al *Homo quidam* casi en el sentido genérico que tiene *Homo sapiens*, definida aquella expresión como “el rebaño del Señor”.

En la parábola de la gran cena, los invitados nobles se disculpan de asistir: uno dice haber comprado una finca y explica que debe ir a verla; otro ha comprado cinco pares de bueyes y va a probarlos; otro más ha tomado esposa y por eso no puede acudir. Iracundo, el anfitrión exclama: *Nemo virorum illorum, qui vocati sunt, gustabit coenam meam* (“Os digo que ninguno de los que fueron invitados saboreará mi cena”).

Esta parábola se volvió favorita de la Iglesia en tanto representación de las jerarquías celestes, y en numerosas adaptaciones eclesásticas, el *homo quidam* (el “cierto hombre”) que ofrece la cena fue ya declaradamente transformado en un rey que organiza un banquete para celebrar la boda de su hijo. Los modestos invitados de la parábola original, que declinan con cortesía y verdad, se vuelven príncipes rivales que asesinan a los enviados del rey y acrean su cólera. El mensaje elegido por la oficialidad es claro: hay jerarquías de poder celeste que deben ser acatadas en la Tierra, en donde tiene que haber también reyes, príncipes, cortes y ejércitos; en ese orden cósmico, cada quien posee un lugar y debe servirlo. No obstante, ¿es esto lo que alienta en el fondo de esa parábola?

Si la gran cena es la metáfora de la salvación eterna de cada invitado, los que se niegan a asistir, aunque no mientan y se muestran corteses en sus respuestas, están descuidando lo principal (el espíritu) por lo secundario (la materia). ¿Implica ello que las jerarquías son sólo una forma de ver característicamente humana, y que ellas no existen en lo espiritual? ¿El rey no es tal y sólo se vuelve sirvo para revelar a los siervos que tampoco son tales? Si continúa hablando de reinos y monarquías, ¿es sólo para ser entendido, mas no porque correspondan a una realidad más allá de la materia?

Una contundente respuesta ofrece Meister Eckhart (1995) en uno de sus *Sermones*, precisamente llamado *Homo quidam*: “El hombre humilde no necesita pedir a Dios, puede muy bien mandar a Dios, porque la elevación de la deidad no puede considerar nada como no sea en la profundidad de la humildad. El hombre humilde y Dios son uno y no dos”. Si el hombre es Nadie, lo es también Dios. Si la dicotomía Nadie-Alguien sólo existe en el *reino* humano (en el sentido cultural, social), entonces también lo humano y lo divino dejan

de ser opuestos. Según Eckhart en el fragoroso sermón *Beati pauperes*, esta es la fusión intemporal, la más alta:

Yo soy la causa de mí mismo según mi ser, que es eterno, y no según mi transcurrir, que es temporal. Es porque soy un “no-nacido” y según mi manera de ser un “no-nacido”, que no puedo nunca perecer. Según mi modo “no-nacido”, he sido eternamente y soy ahora y debo permanecer eternamente. Lo que soy por mi nacimiento debe morir y ser aniquilado porque es mortal y es por ello que debe corromperse con el tiempo. En mi nacimiento eterno todas las cosas nacieron y yo fui causa de mí mismo y de todas las cosas y si yo hubiese querido no sería y todas las cosas tampoco serían y si yo no fuese, Dios tampoco sería.

Una de las más complejas y oscuras parábolas de Cristo es la de las diez minas (Lucas, 19:11-27), que también comienza con la línea *Homo quidam*, en este caso *Homo quidam nobilis* (“Un cierto hombre de familia noble”). La línea final no podría ser más misteriosa: “A todo el que tiene, se le dará; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará”. El maestro Eckhart (1995) ha ofrecido la siguiente lectura:

A medida que el hombre es pura y simplemente él mismo en él mismo, mejor comprende simplemente toda la multiplicidad y permanece inmutable. (...) El que así salga de sí mismo será más propiamente devuelto a sí. Y todo lo que voluntariamente haya dejado en la multiplicidad le será todo devuelto en la simplicidad, porque él se encontrará en todas las cosas en el instante presente de la unidad. Y quien salga de sí de este modo, regresará a sí mucho más noble que a su salida.

¿Es esto lo que en última instancia significa el complejísimo e íntimo acto humano aludido con el nombre de *confianza*, es decir el acto de dar la palabra y recibirla mutuamente, aludida en latín como *con-fides*? A quien tiene humanidad, se le dará, puesto que es un desafío y no un hecho dado; a quien no la tiene, aun eso se le quitará, puesto que la tenía en potencia y nunca supo desarrollarla, crearla como obra de arte. Por eso sólo el que no tiene puede dar y sólo el que ya tiene puede recibir, porque en el fondo de toda acción de dar y recibir hay otra cosa que se da y se recibe, tan de fondo como puede estarlo el espíritu, es decir el terreno en donde no hay jerarquías y en donde dar y recibir son *darse*.

En el siglo XVI el compositor holandés Adriaan Willaert escribió *Homo quidam fecit*, una variación del tema “Mi final es mi principio”. Nicola Vicentino (en el capítulo 16 del libro IV de *L'antica musica ridotta alla moderna prattica*, Roma, 1555) explicó ese tema según la idea de que a veces un compositor decide el desenlace de una obra musical antes de haber escrito el principio. Mas acaso el sentido sea mucho más profundo, y yazga en el hecho de que Nadie no es lo nuestro, y tampoco Alguien, es decir no dos polos sino la unidad sin nombre, aludida parabólicamente como *Homo quidam*.

5. CODA

Homo quidam tiene un sentido literal como “un cierto hombre”, pero se ha usado para aludir al “hombre incierto”: al hombre común, a Nadie. Así por ejemplo, Gerhard de Zütphen (1367-1398) fue uno de los primeros Hermanos de la Vida Común, fraternidad creada por Gerhard Groote y Florentius Radewyn en Deventer, Holanda. En su vida monástica, Zütphen desempeñó el cargo de librero, y volcó su vasto conocimiento de teología moral en su obra *Homo Quidam*, en la que llamaba al hombre común a compartir su ulterior olvido de todos los asuntos de mero interés terrenal. Cuando al paso de los siglos las sociedades laicas borraron el sentido religioso del término “hombre común”, no quedó sino el Nadie social para gritar su desarraigo.

Entre un cúmulo de literatura volcada a este grito, puede citarse, justamente por la lucidez de recuperar esa antigua y misteriosa fórmula, a *Homo Quidam*, novela de Fernando Togni cuyo protagonista lleva el lúcido nombre de Ulises (Togni, 2003). Es la modesta saga o fábula de varias personas, de “hombres comunes” rodeados de pequeñas cosas, de dramas diminutos, de “insignificancias”. El cine conoce bien esta vertiente, a la que se denomina “tono menor”. Son las historias en las que no pasa nada “interesante”, nada trascendente, nada grandilocuente, historias que no intimidan al espectador y que intentan invitarlo a mirar los signos ocultos de su propia “insignificancia”. Una literatura que no “condesciende” sino que busca el supremo *con-fides*, la ruptura final de todas las jerarquías. Parecen, en efecto, innumerables los rostros de “nadie” que Nadie debe vencer, y no para volverse Alguien, sino para erradicar para siempre ambos polos: su verdadera identidad *está siempre en otra parte*.

Sólo Nadie puede pronunciar aquella máxima del médico latino Terencio: “Nada de lo humano me es aje-

no”. Cuando uno es “alguien” según las normas sociales, se va separando de lo humano: se compromete sólo con unas cuantas personas y el resto de su humanidad se le vuelve ajeno; es “alguien” precisamente porque se ha vuelto el *hombre incierto*. Por eso lo que más miedo suscita en la figura de Nadie es lo simultáneo, una de cuyas formas es lo colectivo y lo diverso. Si el *con-fides* —esa actitud fundamental— equivale a *dar palabra*, no puede limitarse a “dar palabra de no hacer daño”, que a fin de cuentas implica lo activo (dar palabra) en función de lo pasivo (restringirse de dañar). El siguiente paso es dar palabra *sin más*, es decir, abrir un sentido activo a la creación humana por medio del logos.

Este, y no otro, es el *homo fidens*: un *sapiens* en el que resuena lo humano a plenitud. Su construcción desde cero comienza cuando vive el dolor humano y lo hace suyo, cuando en verdad es humanidad sin barreras temporales o espaciales, cuando en verdad se transforma en un vaso comunicante. Y esto último implica de inmediato ir incluso más allá de lo humano: hacia toda la vida en sus muy diversas manifestaciones. Porque entonces ya no únicamente da su palabra a una mascota sino a todos los animales sin excepción; no sólo a las plantas de su jardín sino al mundo vegetal; no sólo a la materia de su casa sino al reino mineral. El *homo fidens* es Nadie en este sentido, el más alto: no consiente ningún límite y su casa es el universo entero. La Tierra de Nadie se transfigura: ya no es el sitio enrarecido en donde todo cruza y nada permanece, sino la parte en que se refleja un Todo en creación constante, en nacimiento sin fin.

Bibliografía

- Canals, Salvador (1962). *Ascética meditada*. Barcelona: Ediciones Rialp.
- Eckhart, Maître (1995). *Traité et Sermons*. París: Flammarion.
- Rilke, Rainer Maria (1939/1948). *The Duino Elegies*. J.B. Leishmann y Stephen Spender (eds.). Londres: The Hogarth Press.
- Rilke, Rainer María (1987). *Elegías de Duino. Los sonetos a Orfeo*. Edición y traducción de Eustaquio Barjau. Madrid: Cátedra.
- Rodríguez, Claudio (2000 [1953]). “Don de la ebriedad”, en *Una antología* (2000). México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Dirección General de Publicaciones Colección Práctica moral.
- Togni, Fernando (2003). *Homo Quidam (uno tra la folla)*. Milán: Greco & Greco Editori.
- Woolf, Virginia (2003 [1953]). *A Writer's Diary*. Fort Washington, Pennsylvania: Harvest Books.
- Woolf, Virginia (1982). *Diario de una escritora*. Barcelona: Lumen.
- Yourcenar, Marguerite (1977 [1951]). *Mémoires d'Hadrien*. París: Gallimard. Col. Folio.
- Yourcenar, Marguerite (1997). *Memorias de Adriano*. Traducción de Julio Cortázar. Barcelona: Edhasa.